

los héroes de la Grecia, á despecho de la geografa y de la escuadra de los de Cólcos que bloqueaba el Bósforo. La hipótesis es lo que recomendamos á los estudiosos.

Ejemplo patente del lento progreso de los conocimientos geográficos, y prueba de la influencia del sistema semifabuloso en que bebió Homero. Si los Griegos no hubiesen imaginado ser la tierra un disco redondo bañado por el Rio

Océano, dividido en dos por el Fásis y por el Estrecho de Hércules, ¿cómo habrían podido inventar jamás los poetas de las Argonáuticas las diversas vías por donde conducen á sus héroes? Pero todo encuentra explicación en admitiendo que la cosmografía imaginaria de Homero fué la de su siglo, y aun, con alguna modificación, la de muchas generaciones posteriores.

NÚM. III

SAFO Y LAS LITERATAS GRIEGAS.

La mujer participa, no hay duda, de todo lo que es propiedad esencial de la humanidad; pero participa de ello en forma enteramente suya. Ningun don intelectual le fué negado; pero algunos, mas en armonía con todo su tipo ideal, parecen predominar en ella. Mientras el hombre, que en su eterna inclinación á abstraer reduciría de buena gana todas las cosas á un sistema de categorías, va despojando sin descanso lo ideal de su forma concreta, para penetrar hasta la esencia del verbo inteligible, la eterna compañera del hombre y su mitad, toma sin cesar de sus manos este ideal mismo, no ya cual era un tiempo, sino elevado, purificado, engrandecido, y lo obliga á refluir de nuevo en el mundo sensible. El hombre elabora la idea; la mujer la engendra en forma humana.

Fuera de la familia, como sibila y profetisa aparece primeramente la mujer en el orden social de los tiempos mas antiguos, y se recuerdan las profetisas hebreas, germanas y galas, las pitonisas griegas y latinas. En efecto, la inspiración de la mujer es eminentemente religiosa y poseída de idealidad; ya que, si ella queda, si debe quedar envuelta en el mundo real, es con la misión de transportar á él y hacer vivir allí al espíritu. Tal es en efecto su incansable inclinación, inclinación que se manifiesta hasta en los delirios de las orgías de Siva y de Baco.

Por una vía análoga, esto es, por la poesía, se hizo ilustre la primera mujer históricamente conocida, cuya gloria ha consagrado su nombre. Pero la noble existencia de Safo, esta primera aparición de una libre y potente personalidad de mujer que se produjo en el Occidente en el seno del mundo griego, no es un fenómeno excepcional, un hecho aislado. Despues de Safo, que probablemente fué precedida por otras cuyos nombres y obras han perecido, algunas mujeres griegas cultivaron la poesía con mas ó ménos distinción; entre las cuales hay nueve de quienes nos quedan fragmentos, y á las que la antigüedad habia elevado sobre las demás, fundiéndolas casi en un comun sentimiento de admiración y formando de ellas

como un coro de musas terrenales. Entre los poemas hechos en su honor, nos ofrece una elegante enumeración de ellas este epigrama de Antipatro de Tesalia:

« Á estas nutrió de cantos el florífero Helicon y la macedonia roca Pieria, doncellas de habla divina; Praxila, Miro, Anita, igual á Homero; Safo, honor de las Lesbias de larga cabellera; Erina y la noble Telésila, y tú, Corina, que osaste cantar la poderosa égida de Pálas, y Nosida, la del femenino acento, y Mirtida del hablar suave, artifices todas de inmortales versos. Las nueve Musas son hijas del vasto cielo: hijas de la tierra son estas nueve para eterna alegría de los hombres (1). »

Fácilmente se echa de ver, sin embargo, que esta lista se ha reducido á nueve, ni mas ni ménos, por concordar con el número de las Musas, con arreglo al prurito de los tiempos primitivos, sancionado por la filosofía de Pitágoras. Las nueve citadas por Antipatro, y de las cuales nombra algunas Meleagro en el proemio de su *Corona*, no son, pues, las únicas poetisas que alcanzaron celebridad en Grecia; y los nombres de otras se hallan esparcidos por los autores griegos, de donde cuidadosamente los sacaron Fabricio (2) y especialmente Oleario, y tales son Demófila, Megalóstrata y Clitágora (3).

Sería de interés, no solo romancesco, sino filosófico, el conocer la vida de estas mujeres, saber bajo cuáles condiciones se formó y desarrolló su genio, y qué modificaciones recibió su vida, por necesario resultado, del impulso de este genio y de la celebridad. Pero sobre tal punto no acertaría á ser satisfecha la curiosidad; los poetas antiguos eran *bocas στωματτα*; y bajo el canto que, de eco en eco propagado, llenaba el mundo, desaparecía el cantor. Véanse los antiguos poemas de la India, véanse los de la Grecia heroica, los de los Germanos, el Mahabharata, el Ramayana, la Iliada, la Odisea, los

(1) *Anthologia*, lib. I, c. 67.

(2) *Biblioth. græca*, t. II.

(3) Habría que añadir á Femone, sacerdotisa de Apolo, que inventó el verso exámetro, adoptado despues por Eumolpo, Orfeo y Lino. Véase Rizo-Nerulos, *Literatura griega moderna*

Niebelungen, y se observará que todos son anónimos; porque si en lo sucesivo se sintió la necesidad de nombrar autores de ellos, este nombre póstumo no es mas que una personificación, un nombre mítico. Despues viene el tiempo en que la individualidad de cada uno se pronuncia y aísla mayormente, y este tiempo, máxime para la Grecia, vino muy presto, y el principio de independéncia individual adquirió allí gran vigor. Entónces, cada poema quedó sellado con un carácter personal; á cada uno fué adherido un nombre de autor; pero á querer decir verdad, el autor aquí no es todavía mas que el apéndice de la obra; su nombre queda ligado á ella indisolublemente y nada mas; su vida pasa oscura al traves de la incuria de sus contemporáneos, y se borra en el olvido. ¿Qué sabemos nosotros de los trágicos indios Calidasa y Baavati? ¿qué sabemos de Sófocles, Píndaro y Simónides? ¿qué de los mismos poetas romanos? Casi nada de seguro.

Por lo demas, el descuido de los antiguos relativamente á la persona y á la vida de los escritores es una particularidad de un hecho mas general. La vida interior y privada, todavía poco importante entre ellos, y pequeña, segun su ángulo visual, es la que queda en la sombra, y despues en el olvido. Bien es verdad que la historia se hace individual en ciertas personalidades, de modo que la vida y el carácter de los grandes hombres quedan allí consignados; pero en la parte pública, en cuanto se manifiestan en una empresa guerrera ó política y nada mas. El único hecho que razonablemente puede objetarse contra esta asercion, sirve para robustecerla; esto es, la vida de ciertos filósofos, descrita con minucioso cuidado, hasta en sus mínimas particularidades, hasta en los gestos y las actitudes; ¿pero eran estos hombres privados, fenómenos de vida interior? No por cierto; eran grandes artistas que trabajaban sobre sí propios. Así, despojados de su carácter puramente individual y doméstico para revestir las altas y generales significaciones del arte, cada acto suyo se hacía memorable: salvos, sin embargo, algunos rasgos desparramados, raras anécdotas retenidas por su singularidad, nada privado obtendrá memoria, aun cuando se tratase de Temístocles, Cimón ó Pericles.

Los tiempos de la biografía no vinieron sino con el Cristianismo. Ya en Plutarco y sus contemporáneos Tácito y Suetonio, y en los autores de la Historia Augusta, empiezan á aparecer; mas para que la existencia privada adquiriese la debida importancia, era menester la prolongada influencia del Cristianismo, la religión mas interior é individual; era menester que por un excesivo espiritualismo fuese transferida del ágora y de los juegos olímpicos, así toda gloria como toda virtud, á la sombra del claustro ó de la casa, y sobre todo, al secreto de las almas; era menester enseñar al mundo, que en este aislamiento y oscuridad se realizan

dramas divinos, existencias eternamente memorables.

La vida de aquel poético grupo de mujeres se halla, pues, casi toda irrevocablemente sepultada en el olvido. Las noticias que de ellas encontramos esparcidas en los escritos de los antiguos, ademas de ser raras y poco importantes, son variables y las mas veces destituidas de todo carácter auténtico. Si los cuatro libros que habia escrito Apolonio de Calcedonia, filósofo estóico, acerca de las mujeres ilustres en la filosofía ó en cualquier género, no se hubiesen perdido; si tuviésemos la noticia de las *mujeres célebres* de Coron de Cartago, nuestras listas serian amplias, y poseeríamos por fortuna algunos hechos interesantes: con todo, sobre el punto que ahora especialmente nos ocupa, dudo que hubiesen podido ofrecernos grandes esclarecimientos.

Si os agrada saber hasta dónde llegaba en tal sentido la ignorancia é incertidumbre aun de los Griegos, ponéos á indagar la vida de Corina, una de las mas célebres, y por consiguiente mas conocidas. Tenemos, es cierto, acerca de ella algunas noticias, la mayor parte de fuentes inmejorables; pero examinadas. Corina sabe todo el mundo que fué la émula afortunada de Píndaro, y que por cinco veces le arrebató el laurel en los concursos poéticos; hecho constante, notorio, así en Grecia como entre nosotros. La estatua de Corina en Tanagra, representada con la *hoja envidiada sobre las negras trenzas*, perpetuaba la memoria del hecho glorioso referido por Plutarco, Beocio también, por Heliano, por Pausánias, que viajó por Beocia recogiendo sobre el terreno las tradiciones, siguiendo á las cuales el *Anacársis* de Barthelemy, le puso una solemne consagración y un himno que Manzoni repudia en vano. Heliano trata de ignorantes á los jueces del certámen: Pausánias es de parecer que Corina salió vencedora, no por superioridad de genio, sino porque sus poesías fueron compuestas en el dialecto propio de los jueces, el eolio, al paso que las de Píndaro lo fueron en dórico. Agréguese que Corina era hermosa, como atestigua Pausánias; y Barthelemy, hombre de su tiempo, sospechó, lo que no acontece á Pausánias, que la belleza de la mujer habia contribuido á la fortuna de la poetisa. Sea como quiera, Píndaro tomó el caso brutalmente, á decir de Heliano, y calificó á su émula con un término que Barthelemy no hubiera osado nunca repetir (1).

Hé aquí, pues, un hecho notorio y particularizado; y sin embargo, su realidad es muy problemática. Apolonio Discolo en su libro de los *Pronombres*, manuscrito de la Biblioteca Real, cita un fragmento de Corina, curiosa muestra del dialecto eolio *Μέμφομαι ἰωνγα (ἔγωγε) τὰν λέγουσαν Μυρτίδα, μεμφομαι ὅτι βάνη (γυνή) φοῦσα (φύσα) εἶβα Ἰπνδαροτο ποτ' ἔρν.* Yo vitupero á la armo-

(1) De marrana. PAUSANIAS, *Beot.*, c. 22; HELIANO. *Var. hist.*, XIII, 25.

niosa Mirtis, la vitupero, porque siendo mujer entró en pugna con Píndaro. » Donde Oleario pregunta si se han de adjudicar á Mirtis las victorias con que se honra á Corina; ó si cuando la facultad poética creció en ella, cambió Corina de sentimiento, decida quién mas hubiere olfateado (*esto nasutiorum arbitrium*). Salmasio cae en igual embarazo. Pero supongamos, bien que tenga pocas trazas de verdad, que despues de vituperar solemnemente en un escrito la conducta de Mirtis, Corina hubiese cambiado, retofia de ello otra dificultad no advertida por Oleario. En tal caso, la plena madurez de Corina habria sido posterior al trozo referido, y á las poéticas competencias de Mirtis con Píndaro. Corina sería mucho mas jóven que este, ó lo que es lo mismo, habria llegado mas tarde á su sazón poética. Ahora bien, esto discorda de una relacion de Plutarco (1), en la que aparece que Corina, ya ilustre, fué guía y consejera del jóven principiante. Bien sé que, si ha de creerse á Suidas, Corina y Píndaro fueron discípulos de Mirtis, de modo que debian de ser de la misma edad sobre poco mas ó ménos; pero ademas de que la inducción no es rigurosa, el hecho sobre que se funda es una nueva incertidumbre que complica las demas. Entre estas *esto nasutiorum arbitrium*, y sacrificando la relacion de Plutarco, y contentándose con la estricta posibilidad, se podrá quizá encontrar un cabo á la madeja; pero toda certeza andará por los aires (2).

Todavía mas vagas son las demas particularidades de la vida de Corina. Suidas cuenta tres de este nombre, todas poéticas y líricas. Hija de Aquelodoro y de Procracia y discípula de Mirtis, es la mas ilustre de ellas, llamada la *Mosca* (*μύια*), y de Tebad ó de Tanagra, segun Suidas: otra es de Téspis, si no ya de Corinto: otra, llamada la jóven y también por sobre nombre *Mosca*, es de Tébas, como quizá la primera. Discernir la una de la otra, decir si no son mas que una ó si son tres, me parece imposible. Con todo, sin mas que leves presunciones, yo me iria con Tanaquilo Fabro, quien de tres hace una sola, acerca de cuya patria se estuvo en duda: á lo mas, las reduciria á dos, una Téspia y la otra Tebana ó Tanagrana; y acaso el dictado de jóven no indica otra cosa sino que acerca de la edad de Corina se tenían tantas incertidumbres como acerca de su patria. Si estuviese en mí el decidir, elegiria á Tanagra; diria que era una de aquellas Tanagrinas de los largos velos blancos (*τὰνἀγριδεσσὶ λευκοπεπλοῖς*) de que ella habla en un fragmento que nos ha conservado Efestion; diria que Tanagra era aquella ciudad que tanto júbilo sintió con su dulce y armoniosa canción (*Μεγα δ'εμὰ γεγάτε πόλις Αἰγυροσκοπιλῆς ἑνοπας*), si acaso el fragmento no quisiere decir precisamente

lo contrario mediante un levísimo cambio (1).

Otro tanto se cuestiona sobre la patria de Erina, y se le han dado por cuna Ródas, Lésbos, Télos cerca de Gnido, y Ténos en el Peloponeso: Suidas y Eustacio añaden la Jonia Téos, cosa poco verosímil; pero es menester leer, en vez de *τῆα* como dice el texto, *τῆα*, ó sea *τῆα*; cuya confusión de nombre tal vez produjo Ténos. En cuanto á su edad, Suidas la da por contemporánea de Safo, hácia la XLII olimpiada (612 ántes de C.), lo cual parece bien á Oleario; pero segun Eusebio y el Sincello, superiores en autoridad porque son mas antiguos y porque su opinión se halla consentida por Fabricio, habria vivido por el tiempo de Demóstenes, es decir, hácia la CVI olimpiada (356 ántes de C.), lo cual constituye la diferencia de dos siglos y medio. Una canción famosa que de Erina conservamos, titulada *εἰς Ρώμην*, nos podría dar alguna luz; mas por singular fatalidad su sentido es ambiguo desde el principio al fin, y ni se entiende si *Ρώμη*, es Roma ó la Fuerza, y puede tomarse en rigor por una y otra, aunque lo mas verosímil es lo primero, y así lo interpretan Wolf, Tomas Sitzann, Justo Lipsio y otros grandes eruditos. En tal circunstancia, ó es menester quitar á Erina aquella composición, como implícitamente hizo Fulvio Ursino, ó hacer descender á Erina, como Lipsio y Sitzann lo hacen, hácia la era de Pompeyo, ó suponer dos Erinas; toda vez que, imaginar como Wolf que la composición en este sentido puede ser obra de Erina, y hacerla á la vez, de acuerdo con Sincello, contemporánea de Alejandro, es un sueño.

Si yo hubiese de aventurar mi opinión, diria que creo se trate de Roma en la oda, y que por lo tanto es moderna; esto es, del tiempo por lo ménos hácia el siglo II ántes de Cristo, y á Erina la haria, se entiende, contemporánea de la oda, y condescendiendo con Lipsio la pondria entre los 150 y los 100 años ántes de Cristo. En apoyo de tal opinión, á mas de las razones de Lipsio, sacadas de la oda misma, podrian alegarse otras ménos hipotéticas, y que yo sepa, no presentadas aun. Diversos epigramas de la Antología (2) en honor de Erina son el mas antiguo monumento en que su nombre se halla citado. Pues bien, todos ellos llevan el sello de los tiempos alejandrinos, que fué cuando despuntó singularmente semejante género; y son amaneradísimos y enfáticos así en el pensamiento como en la forma. Si se concede, como me parece evidente, que son en efecto de aquella época, la cuestión queda decidida, ya que la multiplicidad de ellos, su precisión y concordancia hasta en las mas mínimas particularidades, la exageración de los elogios y su forma trivial idénticamente reproducida en ocho ó diez

(1) SUIDAS, en *Corina*. — TANAQ. FABER, *Abrégé de la vie des poètes grecques*, p. 67. — HEPHEST., *Enchirid.*, p. 60. — PAUSANIAS, *Beot.*, c. 22.

(2) Lib. I, c. 67, ep. 14; lib. II, c. 10, ep. 4; lib. III, c. 25, ep. 63-69; lib. V, ep. 21, etc.

epigramas diferentes, todo muestra que son de contemporáneos. Además, el asunto se nos confirma por este pasaje, que es formal, con tal que se acepte la puntuación y el sentido que yo propongo, y que mas naturalmente se ofrece :

Ἀρτε λοχουομένην σὲ μελισσοτοκῶν ἕαρ ὕμνων,
Ἄρτι δὲ, κικνήτω φθεγγομένην στόματι,
Ἐλασεν εἰς Ἀχέρωντα ν. τ. λ. (1).

« Poco há, mientras tú dabas á luz tu primavera de himnos, dulces como la miel de las abejas, poco há, mientras el canto del cisne salía de tu boca, la Parca te arrebató hácia Aqueronte, etc.

Añádase la presunción que se deduce de la falta de monumentos anteriores, y de la no ménos absoluta y mas extraña de alguno posterior, hasta cuando Erina comparece con mil y mil otros nombres en la Babel de los cronógrafos y lexicógrafos en el siglo IV de la era cristiana. Este silencio muestra que su reputación, fruto exagerado y efímero de la admiración de sus contemporáneos, no duró mas que un instante, la extensión del cual se ratifica por los epigramas de la Antología. Si de allí pasó á la misma Erina, si interrogo su vida y su obra, nada encuentro que no me confirme en mi opinión. El genio de Erina es enteramente alejandrino; sus epigramas y hasta el asunto de su obra femenil *Ηλακίτη*, la *Rueca*, son modernos, de la época alejandrina. Considérese ahora la inseguridad y general inconstancia de las nociones biográficas de los Griegos, y espero que las precedentes reflexiones triunfarán de la autoridad de Eusebio, de Sincello y de Suidas, escritores del IV y V siglo de nuestra era, cuyo testimonio, respecto á hechos de tal naturaleza, es siempre tan variable y dudoso. Es, pues, posible que Erina sea autora de la oda *Εἰς Πόμην*; ¿pero es cierto que lo sea? La tradición de la antigüedad lo dice á menudo; para negarlo, sería necesario un fundamento que nos falta; pero afirmarlo sería temeridad. ¿Habría existido una Erina mas antigua, que confundiendo con la otra indujese á error respecto á la edad de esta? No lo creo, pero pudiera ser.

Á falta de historiadores, los epigramas de la Antología nos dan gratos permementos sobre la vida de Erina: muéstranosla sentada, niña aun virgen, bajo la severa autoridad de una madre temida, teniendo en las manos la *rueca* y el huso, y tejiendo la tela. Con todo, los hilos se enredan, sin que ella piense en su memoria; mientras en silencio, jóven abeja del monte Pierio, elabora la miel de sus versos :

Ἡ καὶ ἐπ' ἠλακίτη, μητρὸς φόβῳ ἢ καὶ ἐφ' ἵσταρ
Ἐστηκε..... (2)
Παρθενική δ' Ἡρινα λιγυρὸς ἔξετο κόρη,
Ὅδ' ἔμιν ἀμφυφύσσα πολύπλοκον, ἀλλ' ἔν ἱστῷ
Πηρικῆς ραταμυγγῆς ἀποσταλάουσα μελέσσης (3).

(1) Lib. III, c. 23, ep. 67.

(2) *Anthol.*, lib. I, c. 67, ep. 44.

(3) Lib. V, c. 21.

Muere á los diez y nueve años, virgen; mientras cogía flores, el dios de la muerte la tomó tan niña para el himeneo :

Παρτενικήν νεοίδον...
Ἡριναν, μούσων ἄντα δρεπτομένην,
Ἄδης εἰς ὕμεναῖον ἀνῆρασεν (1).

Pocas noticias, pero mas significativas y ciertas, tenemos acerca de Anite y Telésila.

Anite fué de Tegea, no de Epidáuro como quiso Ursino; vivió hácia la CXX olimpiada (300 años antes de Cristo) al tiempo que los escultores Eutícrates y Cefisodoto. Habitó en Epidáuro, adicta al templo de Esculapio como *χρησιμοποιός*, esto es, encargada de reducir á versos las respuestas del dios: pudiera tambien creerse por simple relacion de Pausánias que Anite estuvo dotada de facultades especiales que le procuraban íntimas comunicaciones con aquella deidad (2). Allí, pues, se inició en la poesía; despues, enriquecida quizá con las liberalidades de aquellos á quienes habia proporcionado la curacion, se retiró para servir libremente á las Musas.

Telésila fué de Árgos y noble, habiendo florecido hácia la CXXXIX olimpiada (224 años de C.). Ella sola entre todas estas mujeres fué la que tomó un glorioso puesto en la historia por un hecho brillante y auténtico. Cuando Pausánias visitó á Árgos, por el año 50 despues de Cristo, todavía se veía sobre una columna delante del templo de Venus la estatua de Telésila; á sus piés habia algunos volúmenes; tenia en la mano un yelmo sobre el cual inclinaba la vista, como si estuviese para ponérselo en la cabeza. En efecto, fué coronada entre los antiguos de doble gloria, y dió, á mas de canciones, admirables ejemplos de heroísmo patriótico. Hallábanse los Argivos en guerra con los Lacedemonios, y habiéndose dado una batalla, sufrieron una terrible derrota. Avanzaban los vencedores de Árgos, que habia quedado indefensa, cuando Telésila, con ímpetu sublime, llamó á las armas á todas las mujeres, y puesta á su cabeza, dejó atónitos desde lo alto de las murallas á los Lacedemonios, los cuales, habiendo perdido algunos en un asalto, y sintiendo decaer su valor al frente de semejante generosidad y de semejante enemigo, se retiraron. Herodoto, Pausánias, Plutarco, Polieno, Clemente Alejandrino y Suidas refieren el hecho; todavía se celebraba en Árgos una fiesta en su memoria en tiempo de Polieno, por la neomenia del mes de Hérmes, cuarto del año, la cual se llamaba *Υἱοριστικά*: figuraban en ella las mujeres con túnicas de hombre y clámides, y los hombres con largos velos de mujer: además de que fué permitido á las mujeres de Árgos tomar parte en el culto del dios de la guerra (3).

(1) Lib. III, cap. 23, 63.

(2) PAUSANIAS, *Phoc.*, cap. 38.

(3) HERODOTO, VI, 78. — PAUSANIAS, *Corinth.*, c. 20. —

De Mirtis no sabemos sino que su patria fué Antedon de Beocia en tiempo de Píndaro (500 años ant. de C.); de Nóxis nada, sino que era Eolia, de la Magna Grecia, contemporánea de Rinton (320 años de C.); nada de Clitágora, Tesala, ó Lacedemonia ó Lesbía; nada de Miro, sino que era de Bizancio, Alejandrina por genio, hija de Homero, trágico: nada de Carixene, citada por Eustasio, autora de poesías para cantarse con música; tampoco de Práxila, una de las nueve musas terrestres, sino que era de Sición; que un pasaje de su poema de Adónis suministró á los antiguos un ejemplo proverbial de estupidez; que segun un pasaje de Taciano se podría poner en duda la elevada direccion de sus poesías; que por lo demas, unia á la gloria de poetisa la de excelente escoliasta, y que fué contemporánea del escultor Lisipo (1).

Damófila y Megalóstrata nos son conocidas únicamente, la una por un pasaje de Filóstrato en la vida de Apolonio (lib. I, c. 3); y la otra por otro de Ateneo (lib. XIII) y un fragmento de Alcmáno. Damófila, discípula de Safo, dice Filóstrato, es de Panfila, donde sus cantos fueron oficialmente recibidos, de modo que su estilo se llamó panfilio. Además de sus composiciones originales, se complacia en reducir al estilo mas elevado, que los Panfilios pretenden como propio de ellos, los cantos compuestos por otros en el estilo eolio. De sus poemas propios, los unos eran de amor, los otros cantos en honor de los dioses; y como Safo, tuvo discípulos.

Megalóstrata, algo anterior á Damófila y aun á Safo, floreció el siglo VII antes de Cristo hácia la XXVII olimpiada; amada por el poeta Alcmáno armónicamente *συμμέτρως*, como dice Ateneo, y ligada á él por relaciones del alma mas que de los sentidos. Ya que, si era bella y rubia como Venus, su canto tenia mayor poder para ligar al amante, como dice Alcmáno.

Casi todas estas mujeres eran *μελοποιοί*, líricas, y no es maravilla, siendo la poesía lírica lo que hay de mas íntimo, de mas personal é instintivo; ni hay otra cosa que presente mejor aquella fusion de lo ideal en lo real, que es carácter de las mujeres. Algunas, sin embargo, sobresalieron tambien en otros géneros: la gloria de Erina, su *canto del cisne*, ó como dicen otros, su *panal de miel*, es un poema titulado *la Rueca*, de trescientos versos exámetros, en cuya medida la colocaban los antiguos por cima de Safo y al lado de Homero.

Anite, Nóxis y Miro compusieron epigramas como Corina, la cual parece haber abarcado en su vuelo el campo mas vasto entre todas, como puede verse recorriendo en Fabricio (2) el catálogo de sus obras. De sus cantos, unos fue-

PLUTARCO, *De virt. mulierum.* — POLIENO, *Stratag.*, VIII, 33.

— CLEMENTE ALEJ. *Strom.* IV, 19. — SUIDA, in *Telesila.* —

MEUSIO, *De festis Graecorum.* — MÁXIMO TIRIO, *Diss.*, 21.

(1) CENOBIO, en *Andr. Schotti adogis Graecorum.* — TACIANO, *Ort. adv. Graecos*, 52. — ATENEO, XV.

(2) *Biblioth. graeca*, II.

ron líricos y otros épicos: celebró númenes y héroes.

Aquí está cuanto sabemos de estas mujeres; y podríamos consolarnos de tal penuria si tuviéramos los escritos en que su ser, su naturaleza, si no las circunstancias de su vida, se reveláran. Pero sus nombres quedan como epítafios sobre tumbas vacías, y todo se reduce á estos nombres y á tal cual fragmento. Estos fragmentos fueron atentamente recogidos por Fulvio Ursino y despues por Wolf, y nosotros los hemos meditado largamente para descubrir alguna cosa de aquella vida que los produjo. La mayor parte son epigramas; el mas gracioso de ellos, atribuido á Erina, representa á una niña á quien la muerte arrebató sus juegos, el grillo cantor de los surcos, y la cigarra, á los cuales alza llorando una tumba comun *παρτενιον στάχασα κόρα δακρυ*. Muchos hay de Nóxis, muchos de Miro, pero nada notables; algunos de Anite, todos graciosos y que respiran la Arcadia, con sus rebaños, sus canciones, las frescas fuentes de los valles y toda su pompa rústica y su dios Pan:

« Extranjero, siéntate en esta peña á dar reposo á tus fatigados miembros. Un suave vientecillo susurra sobre ti al traves del follaje. Apaga tu sed en esta fuente cristalina que brota de la roca; aquí en el calor del dia es dulce al viandante el descansar.

» Rústico pan, ¿ con que por mí, sentado en la densa floresta en que vagan las ovejuelas, haces sonar dulcemente la zampoña, á fin de que por estas laderas húmedas de rocío pazcan mis novillas la cabelluda yerba? »

Salvo los epigramas, nada se encuentra entero, sino algun verso ó frase ó trozo inconexo, ninguno de los cuales importa á nuestro propósito, excepto los ya citados de Corina y dos versos de Praxila. Estos, si es posible determinar su preciso sentido, nos ofrecen una graciosa imágen, cual se encuentra en parte en las Vírgenes de Rafael; la de una mujer que desde su puerta echa una prolongada é interesante mirada, virgen por la frente, mujer por la circunspeccion del resto de su persona.

Para juzgar de la inclinacion moral de estas mujeres, no basta esto ni remotamente, y tampoco para calificar su mérito literario; de modo que debemos atenernos al testimonio de la antigüedad. Que si las precisas y especificadas informaciones sobre esta ó aquella obra son en pequeño número, á lo ménos los atestados generales de aprecio y admiración á cada una en particular ó á todas juntas no faltan, en tales términos que no sería ocasion de lamentarse de la insuficiencia, sino de la entusiasta aunque natural exageracion. La comparacion de ellas con el coro de las musas, no era invención, sino sentimiento y voz comun de toda la Grecia; y al principio de su *Corona* cuenta Meleagro las obras de algunas de ellas entre las flores de que se compone su guirnalda. Todas son calificadas de poetisas ilustres por